

LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA

N.º 470

50 CTS.

E  
B



El gordo  
de Navidad



# LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES BISTAGNE

DIRECCIÓN:

Francisco-Mario Bistagne

Pasaje de la Paz, 10 bis

TELÉFONO 18551

Año IX

BARCELONA

N.º 470

## El gordo de Navidad

(1929)

Sentimental asunto, argumento y dirección  
de Fernando Delgado \*

Intérpretes: Carmen Viance, Celia Escudero, Erna Becker, Gil Varela, Javier Rivera, Montenegro, etc.

Hist. Cine Español de F. Mendy-Leite  
Est. en Avenida (Madrid) 19.12.1929  
Vol. I/306.- Exclusiva de

**Cinematográfica Almira**

Rambla de Cataluña, 46

BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de  
MONA MARIS

---

Es propiedad

Revisado por  
a censura

---

Tip. Barcelona - Aribau, 206 - Teléfono 75087 - Barcelona

---

---

## El gordo de Navidad

---

*Argumento de la película*

---

### I

Luis Moncada avanza sin abrigo por las calles de Madrid. Era el mes de diciembre y el frío se le filtraba hasta los huesos. Sólo una bufanda defendía su cuello de la violencia del frío.

Frío en los huesos y frío en el alma. La proximidad de las fiestas de Navidad se acusaba en los escaparates del centro y en los tenderetes de los barrios por donde ahora deambulaba Luis al azar. Nueces, casta-

ñas y bellotas; vinos generosos; turrone y mazapán; aves de corral bien cebadas. Y, además, zambombas y figuritas para el nacimiento. Todo ello era como un anticipo de la alegría de Pascua, pero Luis, en vez de alegría, sentía pesar, amargura, desolación.

Vió que ante un puesto se detenía un caballero con su hijo y le compraba un montón de figuritas. Los tres Reyes magos, el Rey Herodes, la viejecita del pollo, un rebaño de corderos con sus pastores. Y todo, todo cuanto el niño pedía. El, en cambio, no podía comprarle nada a su Luisito; él sólo podía llevarle a su Luisito hambre y tristeza.

Se acercó y estuvo contemplando el rostro del niño transfigurado por la alegría. Sus manitas estaban llenas de aquello que a él le parecía un tesoro y como no tenían la capacidad suficiente para llevarlas todas, tuvo que entregar algunas a su padre.

Este se mostraba también muy satisfecho. Era natural. También él, Luis experimentaría más alegría aún que su hijo si pudiera llevarle a los puestos de figuritas y decirle: "Coge todo lo que quieras".

De pronto tropezó su pie con algo y vió

que era una de aquellas figuras de barro. Al caer se le había roto un brazo. Acaso la hubieran tirado por inútil. Sin embargo, a Luis le pareció casi un tesoro y se la guardó en el bolsillo.

Lo primero que hizo al llegar a casa, fué entregar a su Luisito el regalo. Y él rió de gozo, pero con una carcajada débil que era como una nota desgarradora de hambre.

El aspecto de la habitación era muy pobre. Había en un rincón una cuna y en el centro una mesa. A un lado, pegado a la pared, se veía un piano que hacía presumir la condición de artista de Luis.

Junto a la cuna estaba Teresa, la esposa de Luis, meciendo a un niño.

No fué a recibir a su marido para no despertar a la criatura, pero al ver que Luis, después de entregar la figura a Luisito, se dejaba caer en una silla que había junto a la mesa y sepultaba el rostro entre las manos, acostó al niño en la cuna y se fué hacia su esposo.

—¿Qué?—le preguntó como le preguntaba todos los días.

—Nada. Siempre nada.

Su voz era casi un sollozo. Teresa le ro-

deó los hombros con el brazo y apoyó su frente en la de él.

—No desesperes, Luis. Somos buenos. Dios nos compensará las amarguras que estamos pasando.

—Pero, ¿cuándo? — exclamó Luis con desesperación—. El estómago no espera. El casero no espera tampoco. Todos quieren una solución inmediata. Llevo ya mucho tiempo buscando y fracasando para seguir teniendo esperanzas y prudencia. Mis composiciones no las quieren en ninguna parte. Ni siquiera las quieren oír. No saben lo que rechazan, pero las rechazan. “Son ustedes tantos...”, me dicen. He buscado un puesto de pianista en cines, teatros y cafés. Creo que no me queda uno por recorrer. Y en ninguna parte hay trabajo. ¡Somos tantos! Es la cuestión de siempre.

Mientras hablaban, Luisito había salido a la escalera. Su papá se había dejado abierta la puerta del piso y él quería comprobar de dónde procedía el bullicio que se oía en aquel lado de la casa.

Desde arriba vió que en el zaguán jugaban algunos niños enseñándose unos a otros las golosinas que les habían dado sus pa-

dres, pertenecientes a las almacenadas para los días de Pascua.

Algunos mostraban además juguetes y todos enumeraban las cosas que dejaban guardadas en casa para formar el nacimiento y cantar los villancicos.

Se conmovió profundamente su almita de niño al comprobar que él no tenía ni dulces ni juguetes y, con objeto de ver de cerca los de sus vecinos, bajó poco a poco las escaleras como fascinado por todo aquello que veía.

De pronto, algo mucho más maravilloso todavía se ofreció a sus ojos. Vió aparecer ante él en uno de los rellanos de la escalera dos hombres que conducían un gran nacimiento lleno de preciosas figuritas.

Se quedó boquiabierto contemplando aquella maravilla y en este momento sintió que una mano cogía su barbilla.

—¿Adónde vas, pequeño?

Luisito reconoció a don Heliodoro, el vecino del principal que su mamá había saludado algunas veces en la escalera.

—A ver a esos niños que juegan.

La voz débil y el rostro pálido y triste del niño indujeron a don Heliodoro a pen-

sar que acaso en los deseos del niño se ocultaba una dolorosa envidia.

—¿Dónde vives?

—En el tercero.



—¿Adónde vas, pequeño?

—¿Sabe tu mamá que estás en la escalera?

—No. Papá se ha dejado la puerta abierta y yo he salido.

Contestaba Luisito casi maquinalmente,

pues su atención estaba fija en el soberbio nacimiento.

Esto fué causa de que don Heliodoro se ratificara en lo que acababa de intuir y acarició amargamente la cabecita del niño.

—Vamos. Te acompañaré a tu casa.

Lo condujo de la mano.

La puerta del piso seguía abierta y pudo ver el aspecto mísero de la habitación y un cuadro que acabó de convencerle de la silenciosa tragedia que allí se desarrollaba.

Teresa seguía consolando al desesperado Luis y cerca de ellos había una cuna donde se movía otro cuerpecillo, todavía más menudo que el del niño que conducía de la mano.

Saludó y los esposos se volvieron.

—Soy el vecino del principal y he encontrado al niño en la escalera .

—Muchas gracias—dijo la madre al mismo tiempo que cogía al niño.

—Está usted en su casa, don Heliodoro. Le conocemos de oídas. Yo soy Luis Moncada y mi esposa se llama Teresa.

—Muchas gracias. En el principal nos tienen a su disposición a mí y a mi esposa. Siento no poder entretenerme porque tengo

mucho quehacer, pero celebro mucho haberlos conocido.

Y al mismo tiempo tendía a Luis la mano y se la estrechaba efusivamente.



*Teresa seguía consolando al desesperado Luis...*

Cuando entró en su casa, pasó a pensar de la miseria a la riqueza. Era el día 20 de diciembre. Al siguiente se realizaría el sorteo en que tantos millares de españoles tenían puestas sus ciegas esperanzas. El no

era jugador, pero en aquel sorteo hacía todos los años excesivos sacrificios. Era una antigua costumbre. Extrajo de una arquilla cientos de participaciones y las contó y las repasó. Después se llevó la mano al bolsillo y sacó otra a la que dedicó atención especial. Esta no era de peseta o de dos pesetas como todas las demás, sino de diez duros. Se había jugado un vigésimo a medias con su amigo Filemón.

—Una de las cosas que haría—se dijo—sería ayudar a esa pobre gente del tercero.

## II

También Filemón había soñado mucho aquella mañana contemplando el vigésimo.

No es que Filemón pasara grandes privaciones, pues su trabajo de corredor de comercio le dejaba lo suficiente para comer y para ir al cine de vez en cuando y fumarse alguna vez que otra un cigarro puro de veinticinco céntimos, pero tenía ambiciones y soñaba con los negocios a lo grande.

Ahora era feliz, pues tenía una esposa joven, hermosota y buena que le amaba de verdad, pero quería ser más feliz todavía. Su esposa Amelia solía decirle:

—El dinero no da la felicidad .

Y él contestaba:

—No precisamente la felicidad, pero sí algo que se le parece mucho.

Aquella tarde fué Filemón al ministerio donde trabajaba don Heliodoro para hacer con él planes respecto al futuro.

—Mañana, ya lo sabes, Heliodoro. A las cinco ya estoy yo haciendo cola en la casa de la moneda. En cuanto saquemos el gordo salgo de estampía, vengo por ti y dejás para siempre esta cochina mesa.

Pero don Heliodoro andaba aquella tarde tan preocupado que ni siquiera la perspectiva de la riqueza podía sacarle de su ensimismamiento.

—Pero, ¿qué te pasa?—le preguntó Filemón—. Cualquiera diría que en vez de la riqueza esperas la horca.

—Es que he visto esta mañana una cosa... ¡Cuánta miseria hay en el mundo!

—Pero, ¿quién piensa hoy en miseria? Eres indigno de pisar este bendito suelo español. Hoy todos los españoles somos ricos, mientras no nos demuestren lo contrario. ¿Que mañana nos lo demuestran? Buenc, pero el caso es que hemos sido millonarios durante veinticuatro horas.



Pero don Heliodoro no podía apartar de su pensamiento el doloroso cuadro de la habitación del tercero.



... fué Filemón al ministerio...

\* \* \*

Entretanto, en un café de barriada, café silencioso y propicio a la inspiración, un muchacho joven trabajaba febrilmente sobre las cuartillas .

Pepe, el viejo camarero dejó la copa de café sobre la mesa y preguntó al cliente:

—¿Es la zarzuela, don Julio?

—Sí, Pepe. Es la zarzuela. Ya está casi terminada. Es lo mejor que ha salido de mi pluma.

Y para demostrarlo, leyó a Pepe unas escenas.

Este casi lloró de emoción.

—Eso es lo más grande que se ha escrito —dijo solemnemente—. Pronto será usted rico.

—¿Verdad que sí?

—Ya lo creo.

—Entonces te voy a poner un bar en la Puerta del Sol.

—A ese paso le duraría a usted poco la fortuna.

Cuando Pepe se retiró, entró Luis y se sentó a la mesa de Julio.

Como al pasar por el lado de Pepe no le había pedido nada, Julio le preguntó:

—¿No tomas café?

—No me apetece—repuso Luis con una evidente falta de convicción.

—No seas tonto, hombre. ¿Qué le importa a Pepe que le debamos un café más?

Y él mismo llamó a Pepe y Luis pudo confortarse con el café recién salido del fuego.

—Estoy a punto de terminar el libro y aun no has hecho nada de la música. ¿Crees que no lo merece el trabajito? Pues escucha.

Y le leyó la escena que acababa de escribir.

Luis se entusiasmó.

—Eso es un gran número de música.

Pero añadió con una transición instantánea:

—Sin embargo, no lo podré componer. Mañana se me llevarán el piano. Llevo tres meses de atraso.

—Eso no importa. Ya encontraremos un piano en el que puedas trabajar.

—Trabajar... trabajar... Para esta clase de trabajos hace falta un estado de ánimo que yo no puedo tener. No se encuentra la inspiración en la angustia.

Julio empleó otros argumentos para animarle y así, entre la esperanza y el dolor, pasaron la tarde en el café.

\* \* \*

Por la noche, cuando don Heliodoro volvió de la oficina, no se detuvo en el principal, sino que subió hasta el piso tercero y llamó a la puerta.

Teresa salió a abrirle y don Heliodoro le dijo con cierta timidez:

—Señora, quiero hacer a Luisito un pequeño obsequio, ya que no puedo hacerle otro mayor. Tenga usted, es una participación para la lotería de mañana. No son más que dos pesetas, pero que podrían convertirse en quince mil.

Teresa le dió las gracias conmovida. En efecto, el regalo no tenía ningún valor material, pero era una delicadeza que, al ir dirigida a su hijito resultaba para ella doblemente digna de agradecer.

\* \* \*

La mañana siguiente fué memorable para don Heliodoro y para Filemón.

Este, como había prometido, estaba desde las cinco de la mañana en la cola de la Casa de la Moneda para presenciar el sorteo y a una hora parecida ya no podía dormir don Heliodoro, tan nervioso estaba.

Llegó a la oficina más temprano que de costumbre y no dió pie con bola cuando trató de empezar a trabajar. A las diez, hora en que comenzaba el sorteo su agitación creció hasta el punto de que creyó se iba a poner enfermo. No cesaba de mirar el reloj y en vano trataba de fijar la atención en el trabajo que estaba haciendo.

Entretanto, Filemón perdía la paciencia presenciando todas las operaciones previas del sorteo. Cuando el empleado, al contar las tablas de los millares voceó el 44.000,

Filemón usando de su derecho, solicitó ver si estaba allí su bola y pudo ver que, en efecto, allí estaba el número que correspondía al vigésimo que llevaba en el bolsillo.

Volvió a su sitio y comenzó el sorteo. Cada bola que sacaban le daba un vuelco el corazón.

Habría transcurrido una hora y ya comenzaba a perder los ánimos y las esperanzas cuando oyó que cantaban el número 44.524.

Se puso en pie y esperó anhelante la segunda bola, la del premio.

—¡Quince millones!—gritó el niño.

Filemón volvió a sentarse en un movimiento involuntario que era como un derribamiento de todas sus energías.

Con mano trémula extrajo del bolsillo interior de la americana el vigésimo y lo examinó.

Al comprobar que, en efecto, su número era el que acababa de vocear el niño de la beneficencia, dió un grito y salió de estampía, seguido por la mirada de todos los presentes, algunos de los cuales se apartaban creyendo que se había vuelto loco.

Cuando se vió en la calle echó a andar sin rumbo fijo. Le era imposible coordinar las ideas y reía y cantaba como si hubiera perdido el juicio. Cuando se dió cuenta, estaba muy lejos de la casa de la moneda y más lejos todavía de la línea de tranvías que habían de servirle para ir al ministerio donde estaba empleado don Heliodoro.

Tomaría un taxi. ¿Qué le importaban cinco pesetas más o menos? Allí precisamente venía uno.

Corrió hacia él y no tuvo paciencia para esperar a que estuviera parado, sino que abrió la portezuela y saltó al estribo. El chofer detuvo el auto al mismo tiempo que dedicaba a Filemón una frase poco cariñosa y Filemón, que había abierto la portezuela, lanzó un grito de horror y de sorpresa:

—¡Mi mujer!

La dama iba con un joven y en aquel preciso momento el galán le estaba demostrando que la amaba apasionadamente.

Al oír el ruido de la portezuela, ella se deshizo de los brazos de su novio y lanzó un grito de sorpresa al ver a Filemón

### III

Con una cara que parecía que iba a un entierro, se dirigió al ministerio.

Don Heliodoro se hallaba en aquel instante pidiendo disculpas a un cliente por no haberle atendido bien. Al ver a Filemón se dirigió a él con los brazos abiertos y le preguntó ansiosamente:

—¿Qué?

—Nos ha tocado el gordo—repuso Filemón con voz ahogada por el pesar.

—¿Y has perdido el vigésimo?

—Nada de eso: el vigésimo está aquí.

Filemón no había mentado nunca. Era evidente, pues, que les había tocado el gordo,

es decir, que en aquel momento les habían llovido del cielo 75.000 duros a cada uno. ¡La caraba!



*La dama iba con un joven...*

Después de expansionarse debidamente, don Heliodoro preguntó a Filemón:

—Pero, ¿qué te pasa? ¿Por qué pones esa cara de funeral?

—Vámonos de aquí y te lo contaré todo.

Don Heliodoro se puso el sombrero y el

abrigo y se cogió del brazo de Filemón. El cliente le detuvo.

—Oiga usted, ¿cuándo me va a despachar a mí?

—Vuelva usted dentro de doscientos años, porque lo que es en esta generación yo no despacho a nadie.

Lo que Filemón contó a don Heliodoro dejó a éste tan perplejo como le había dejado a él la comprobación de los hechos.

—¡Eso es imposible! Tú has confundido a tu mujer con otra.

—Nada de confusiones; era ella misma. Hay personas parecidas, pero no iguales. ¡Maldita sea mi suerte! ¡Ojalá hubiera salido premiado el cero!

—Por Dios, Filemón. No llores al mal tiempo.

\* \* \*

Bajaba Teresa con su niño menor en brazos para comprarle leche con los últimos diez céntimos que le quedaban, cuando oyó

vocear la lista grande, con el premio en Madrid.

Un relámpago de loca esperanza pasó por su mente y se llevó la mano al bolsillo, donde guardaba la participación que le había dado la tarde anterior don Heliodoro.

La muchacha que vendía la lista pasó por su lado raudamente, pero ella la detuvo cogiéndola de un brazo.

—¿Qué número es el gordo?

—Compre usted la lista si lo quiere saber.

Pero vió al niño que la buena mujer llevaba en brazos, vió la cara pálida de la madre y le mostró el pico de la lista donde estaba el 44.524.

Teresa se desvaneció. Menos mal que acudieron varios transeúntes antes de que ciera con su cuerpo en el suelo.

Cuando se recobró, volvió a casa sin comprar la leche. Al entrar en el piso, vió que Luis suplicaba en vano a dos hombres que pasaban una cuerda alrededor del piano.

—¡Luis! ¡Nos ha tocado el gordo!

Luis pensó por un momento si su mujer se habría vuelto loca, pero Teresa le mostró la lista y la participación.

Los dos lanzaron un grito triunfal y se abrazaron, mientras los hombres quitaban la cuerda y se retiraban prudentemente.



*Teresa se desvaneció...*

\* \* \*

Para Filemón los días de Navidad no fueron ni mucho menos lo que debieron ser. No dirigía para nada la palabra a Amelia,

a pesar de las insistentes preguntas de ésta acerca de los motivos de su disgusto y por la noche se dedicaba a oír la radio tumbado en la regia cama nueva y dando la espalda a su desesperada esposa.



*... dando la espalda a su desesperada esposa...*

En cuanto a Luis, en seguida encontraron quien les adelantase el dinero a cambio de la participación cobrando una comisión insignificante y se renovaron las indumenta-

rias y algunos muebles en aquella habitación que antes ofrecía un aspecto tan deplorable.

Además, la inspiración fluyó como un manantial y rápidamente compuso todos los números que la zarzuela de Julio requería. Por cierto que esto dió lugar a que recibiera una sorpresa. Un día, mientras él tocaba la romanza para corregirla oyó una voz a sus espaldas que la cantaba y al volverse y ver que la tiple era Teresa siguió tocando con más atención. Cuando terminó, la felicitó entusiasmado:

—¡Pero si lo has cantado divinamente! ¡Sólo quisiera que lo cantara así la tiple que lo estrene!

El día de año nuevo tres familias se comieron las uvas de modo muy distinto. Amelia y Filemón en la cama, él sin quitarse los auriculares de la radio y sin volver la cabeza. Luis, Teresa y los niños, en compañía de don Heliodoro y de su esposa doña Angela, reunidos todos en alegre compañía. Julio y su anciana madre, tristes y solos con su miseria.

## IV

El día en que Filemón salió del banco de España con todos los billetes del premio repartidos por los diferentes bolsillos de su indumentaria andaba tan asustado y receloso como si acabara de cometer un crimen y le siguiera la policía.

En la esquina de la calle de Alcalá le esperaba su mujer y he aquí que en el preciso momento de reunirse con ella vió que por su lado pasaba una dama, que en seguida recordó como la protagonista del suceso que tan atribulado le tenía desde el día en que le tocara el gordo.

Se volvió y se la quedó mirando con la boca abierta.

Llevaba el mismo abrigo de pieles que la mañana famosa y le acompañaba el mismo galán que la estaba abrazando en el interior del taxi.



—*¡Pero si lo has cantado divinamente!*

También ella debió recordarle, pues volvió varias veces la cabeza y ello permitió a Filemón comprobar que aquella señora era idéntica a la suya y no creyó como la otra vez que era la suya misma porque la llevaba del brazo.



Fué tan grande su alegría que, sin pensar en los billetes que llevaba encima, echó los brazos al cuello de su mujer y le dió media docena de besos que atraieron la atención de otros tantos transeúntes y de un guardia, el cual dijo con tono de chunga:

—Ustedes son extranjeros, ¿verdad? Pues lleven cuidado, porque en España no se permiten esas cosas.

Por toda respuesta, Filemón le dió un beso al guardia.

\* \* \*

Habían transcurrido algunas semanas cuando don Heliodoro se encontró con Filemón en el paseo del Prado.

Filemón iba elegantísimo con un abrigo cuyo cuello de pieles abultaba tanto como todo el resto del cuerpo, y comenzó a contar a su amigo las grandezas de su vida presente desde que cobrara y se enterara de que *aquella* no era su mujer.

Había comprado el teatro Euterpe y ahora tenía allí una compañía de zarzuela que quitaba el hipo. No era precisamente que fuera mucho público ni que la compañía valiera gran cosa, pero ¡había unas coristas!... ¡y eran las pobrecitas tan cariñosas con él!...

Don Heliodoro vió el cielo abierto.

—¡Hombre! Pues vas a hacerme un gran favor. Dos muchachos de mucho talento y que son amigos míos tienen una zarzuela para estrenar. La música es preciosa y el libro no se puede pedir más. A ver si os entendéis.

—¡Hombre! Tratándose de ti no hay más que hablar. Que vayan al teatro en nombre tuyo y veremos qué tal es la obra. Por poco que valga la estrenaremos en seguida.

No hay que esforzarse en demostrar con la puntualidad que asistieron a la cita los noveles autores.

Ya estaban ante la puerta de la contaduría y ninguno de los dos se atrevía a penetrar en el despacho; la emoción se lo impedía. ¿Aquel era el primer escalón de la gloria u otra amarga desilusión más que anotar en el libro de sus vidas?

Por fin Luis abrió la puerta y desde el umbral examinaron la estancia. En un extremo de ella vieron una mesa ocupada por un empleado, enfrascado en la lectura de un montón de papeles.

Avanzaron hacia la mesa, saludaron, y como no obtuvieran contestación, pusieron ante la vista del distraído personaje una tarjeta.

Este levantó la cabeza, fijó en los autores la vista, leyó la tarjeta y dijo, indicando un banco que había a la derecha:

—Está bien. Siéntense y esperen.

Apenas habían tomado asiento se abrió la puerta y una muchacha fascinadoramente bella y elegante vestida irrumpió en la estancia.

Fué derechamente a la mesa y apartando unos papeles, se sentó en el borde.

El empleado se puso en pie y se quitó el sombrero que hasta entonces había conservado puesto .

Hablaron unos minutos y la joven se despidió. Al pasar junto a los autores, les dirigió un saludo inclinando levemente la cabeza.

—¡Es la Fontalbo!—exclamó Luis diri-

giéndose a su compañero—. ¡Qué estupenda! ¿Verdad?

Nuevamente se abrió la puerta.

Entró una señora de bastante edad acompañada de una jovencita modestamente ves-



... se sentó en el borde.

tida y muy bella, pero con una belleza dulce y angelical que no se le parecía en nada a la de la Fontalbo.

—¡Es preciosa!—exclamó Julio.

La señora preguntó por el empresario y el empleado las hizo sentar en un banco diciéndoles que esperaran.

No fué larga la espera. Al momento entró en el despacho don Filemón acompañado por el director artístico. Al saber éste por el dependiente de que la linda muchacha solicitaba trabajo en el coro se dirigió a ella para hacerle determinadas preguntas y someterla a ciertas pruebas.

Entretanto, don Filemón atendía a los dos muchachos. Al enterarse de que eran los recomendados de don Heliodoro les dispensó una cordial acogida.

Mientras conversaba con ellos, se fijó de pronto en el grupo que formaban el director artístico y las dos mujeres y, atraído por la singular belleza de la muchacha se separó de los noveles artistas, después de excusarse y se acercó al grupo del que formaba parte el director, el cual decía en aquel momento:

—No me parece mal. Es usted guapa. La cara me gusta. Pero eso no basta. A ver, enseñeme las piernas.

La muchacha se ruborizó y azoró de tal forma que don Filemón dijo:

—No es necesario. Queda usted admitida.

Y después, dirigiéndose al director:

—Dígale a las horas que tiene que venir a los ensayos.

Se marcharon madre e hija muy contentas y nuevamente don Filemón se acercó a los autores.

—Bien. ¿Conque ustedes son los recomendados de don Heliodoro? ¡Caramba! ¡Caramba! ¡Cuánto me alegro!... ¿Y traen ustedes la obra?... ¡ah! ¿sí?... Pues pueden empezar a leerla cuando gusten.

Hizo levantar al empleado de la mesa cediendo aquel sitio al escritor, el cual se dispuso en seguida a dar lectura a la obra.

En un principio, tanto el director artístico como don Filemón comenzaron a dar cabezadas, pero pronto el apasionante asunto de la obra se posesionó de ellos y el diálogo vivo y elevado les cautivó.

Cuando terminó Julio la lectura, don Filemón le echó los brazos al cuello.

—Mañana vengan ustedes a leerla a la compañía y en seguida a ensayar.

Muy contento salió de la Casa de la

Moneda don Filemón, la mañana del 21 de diciembre; pero mucho mayor era la alegría de Luis y de Julio cuando salieron del teatro.

La Fontalbo fué una de las que más admiradas se mostraron cuando Julio leyó la obra a la compañía y Luis tocó en el piano los principales números.

No es para dicha la emoción de Luis cuando la Fontalbo, aquella mujer a la que tanto había admirado en la escena y al encontrársela casualmente en la calle, yendo él a pie y ella en auto, aquella mujer que le parecía algo tan alto, sublime e inalcanzable como un sueño, le estrechó la mano y le dijo:

—¡Admirable! Esa romanza está dentro de mi temperamento y pondré el alma en ella al cantarla.

Llegó por fin el día temido y deseado del estreno.

La buena propaganda que se había hecho de la obra y el atractivo del nombre de la Fontalbo, llenaron el teatro. Las localidades estaban vendidas desde el día anterior, y Julio sintió que algo le subía a la garganta al mirar por un resquicio de las cortinas y ver el hermoso aspecto que ofrecía la sala.

No faltaban en ella don Heliodoro y doña Angeles en las primeras filas de butacas. Pepe, el camarero del café, ni Amelia, la cual estaba en un palco llena de joyas y con un vestido de noche que atraía todas las miradas. Además, ella procuraba hacerse ver, y se había colocado junto a la barandilla del palco. Lo que se compra se luce, y quien puede lo gasta: este era el lema de Amelia, y a Filemón le parecía muy bien. También él se había comprado un alfiler de corbata que sólo se podía mirar con lentes ahumados.

Quien no se había atrevido a asistir al estreno era Teresa. No se sentía con fuerzas para correr el riesgo de que a su Luis le

hicieran objeto de una silba en presencia de ella. Se habría desmayado, como se desmayó el día que vió el número del gordo en la lista grande.

Julio estaba sumamente nervioso e iba de un lado a otro sin darse exacta cuenta de lo que hacía. Varias veces había encendido un cigarrillo y otras tantas se lo había quitado de la boca un prudente bombero.

De pronto oyó detrás de él una voz:

—Tranquilícese, don Julio. Tendrá usted un éxito.

Se volvió. Era Carmen, aquella muchacha que tanto se azoró cuando el director artístico le dijo que le enseñara las piernas para ver si la podía admitir en el coro.

Durante los ensayos había hecho amistad con ella. La dulzura de su belleza y de su carácter agradaba mucho a Julio.

El autor se sintió un momento confortado por aquellas palabras llenas de fe; pero Carmen se fué al cuarto de las coristas a vestirse y él quedó otra vez solo frente al escenario donde los tramoyistas trabajaban y frente a la sala llena de público.

Encendió el vigésimo pitillo y por vigé-

simas veces la mano del precavido bombero se le quitó de la boca.

Llegó Luis y empuñó la batuta. Para ello tuvo que cruzar por delante de toda la primera fila de butacas, y todos vieron la palidez que cubría su rostro, especialmente don Heliodoro y doña Angeles, que estaban allí mismo, a dos pasos de él.

Los dos primeros actos gustaron mucho, pero en el segundo el público se reservó los aplausos para el tercero, por lo que éste fué para Julio una verdadera tortura.

Una docena de pitillos encendió durante él inútilmente y dió cien vueltas al escenario, viendo salir y entrar a los artistas, una de las cuales, Carmen, tenía siempre para él una frase alentadora.

Luis sentía algo así como si fuera a estallar. Había podido contener los nervios durante los dos actos anteriores; pero en el tercero le producía el mismo efecto que si se encontrase ante el juicio final.

Además, llegó el momento decisivo: el de la romanza que justificaba el título de la obra, el número en el que él había puesto todas las esperanzas.

Y salió la Fontalbo, bellísima en su *panier* versallesco. Un murmullo llenó el teatro, que era como un presagio de la atención que el público iba a prestar a la romanza.

Llegó un momento en que Luis sintió que le faltaban las fuerzas y se cogió al atril con una mano, mientras con la otra seguía dirigiendo a duras penas.

¿Qué iba a suceder?

Pero allí estaba la Fontalbo, allí estaban sus ojos magníficos, incomparables, alentadores, y se fijaron en él tan oportunamente que le reanimaron como un poderoso estimulante.

Cuando cayó el telón, estalló una salva de aplausos.

Luis se volvió para saludar y cuando se levantó el telón pasó al escenario, donde recibió los aplausos de la mano de Julio y de la Fontalbo.

Muchas veces se levantó el telón y los aplausos eran cada vez más frenéticos. El público pedía que hablaran, pero tuvo que hacerlo por ellos la Fontalbo.

Fué uno de los éxitos más completos de la temporada.

Filemón abrazó a los autores, mientras les decía a voz en grito:

—¡Esto significa 300 representaciones!

Don Heliodoro y doña Angeles entraron en el escenario y se repitieron los abrazos y las felicitaciones. También Pepe, el camarero del café, abrazó a Luis y a Julio casi llorando de emoción.

Pero las felicitaciones que más agradecieron los autores, fueron: Julio la de Carmen y Luis... ¿la de Teresa? No, la de la Fontalbo.

\* \* \*

Sucedió lo que era de esperar.

La obra permaneció firmemente en el cartel, produciendo a todos pingües ganancias y dando lugar a que Luis y la Fontalbo se vieran todas las noches.

Algunas salieron juntos, y esta amistad se fué estrechando hasta convertirse en lo que a nadie extrañó. ¿Qué más natural que



... dando lugar a que Luis y la Fontalbo se vieran todas las noches.

el autor *se entendiera* con la primera tiple?

Y Luis, en su ceguera, en su locura, abandonaba a Teresa y a sus hijos. ¿Cómo describir los sufrimientos de aquella santa?

Un día, en el camerino de la artista, ésta tuvo una inesperada explosión:

—Esto no puede continuar, Luis. Yo te amo mucho, pero no puedo consentir que por mí se destruya un hogar. Tu esposa es una santa. Tienes hijos. Esto no puede continuar.

—No digas eso—replicó Luis con voz anhelante—. Yo no puedo vivir sin ti. No he amado nunca como a ti te estoy amando. Eres el amor y no quiero perderte. Vámonos al extranjero, huyamos juntos. Todo, todo antes que perderte.

## VI

En cuanto a Julio, el proceso de sus amores fué muy distinto.

Un día, al alinearse las muchachas del coro, el director artístico notó la falta de una de ellas.

—¿Cuál es la que falta?

—Carmen, la rubia. Se ha muerto su madre y ha enviado recado diciendo que no podía venir.

Julio, que estaba cerca, oyó estas palabras y salió del teatro inmediatamente.

Fué el único día que no asistió a la representación de su obra, representación que



por cierto figuraba en los carteles bajo el número 200.

Carmen le agradeció en el alma que fuera a consolarla y a ayudarla en aquellos momentos angustiosos.

—No tienes que preocuparte de nada, Carmen. Todo el gasto corre de mi cuenta, y en cuanto a ti, vendrás a mi casa, con mi madre.

—Eso es muy hermoso, Julio, pero, ¿has pensado en lo que diría la gente? Las malas lenguas abundan.

—Las malas lenguas no podrán decir nada, porque nos casaremos inmediatamente.

También Filemón hacía de las suyas. Había entablado relaciones con Pilarín, una muchacha del coro que tenía tanto de bonita como de larga y que demostraba una gran práctica en el arte de sacar el dinero a los empresarios.

Cada vez que cenaba Filemón con ella en la intimidad de un reservado, salía con un adorno menos. El alfiler de corbata, una sortija que le hacía la competencia, billetes de Banco de los de cien... Pero don Fi-

lemón lo daba todo por bien empleado al ver los mimos de que le hacía objeto aquel bibelot que demostraba quererle con locura.

Esto último era para halagar a cualquier hombre feo como don Filemón.

Un día entró Amelia en el saloncito del teatro en el preciso momento en que Pilarín se acababa de sentar sobre las rodillas del empresario.

Este, al ver a su mujer, obligó a Pilarín a dar un gran solto, y bramó:

—¡Ya lo ha oído usted! ¡Otra vez que falte al ensayo, puede considerarse despedida!

Pero Amelia no era tan tonta como todo eso, y se mostró desde entonces extraordinariamente recelosa.

Preguntó a su marido por las joyas, que, según él, estaban arreglando desde hacía un mes, y advirtió su azoramiento al repetir:

—Están aún en casa del joyero.

—¡Pues, hijo! ¡Ni que reparar una joya fuera reparar una locomotora!

Al día siguiente de esta escena, que felizmente para Filemón no pasó de ahí, Ame-

lia, que tenía la costumbre de registrar a su esposo los bolsillos cuando le cepillaba los trajes, encontró en uno de ellos un papel que decía:

*Esta noche te espero donde siempre.*

*Tu Morronquita.*

Y esto bastó para que Amelia tomara una enérgica determinación.

Aquel mismo día se personó en una agencia donde le proporcionaron un actor retirado, al que dió las siguientes explicaciones, después de contarle detalladamente lo que había ocurrido a su esposo al salir de la Casa de la Moneda:

—Se trata de que mi marido me tome por la otra y se dedique a conquistarme. Cuando más enfrascado esté, me descubriré y no quiera usted pensar lo que sucederá entonces.

—Pero, ¿cuál es mi papel?

—Acompañarme para dar a la comedia más visos de realidad. Viéndome con usted, mi esposo no podrá sospechar que soy yo, sino la otra.

El viejo actor tuvo un gesto de aprensión.

—¿Y no cree usted que habrá disgustos?

Y hacía al mismo tiempo ese movimiento que hacen las madres cuando amenazan a sus hijos con darles unos azotes.

—Le garantizo la integridad de su persona. Vaya hoy mismo a encargarse ropa. Ha de parecer usted un señor de mucho dinero.

Cuando ya estaba la ropa hecha y Amelia se había comprado un abrigo exactamente igual que el de su homónima, a la que había visto aquella mañana en que su marido fué a cobrar el premio, se presentaron los dos en la contaduría del teatro Euterpe, a una hora en que Amelia sabía que su marido estaba allí.

Al verla entrar Filemón se fué hacia ella.

—¡Amelia!

Pero Amelia le dirigió una mirada llena de estupor.

—Sin duda me ha confundido usted, caballero.

—Es verdad. Usted dispense.

El actor hablaba con el taquillero y Ame-

lia aprovechó esta ocasión para dirigir miradas y sonrisas a su esposo, que podían ser de burla por la plancha y podían ser de invitación. No le extrañó al empresario. Estaba acostumbrado a sentirse mimado por las coristas. Estaba visto que era un castigador, aunque se había dado cuenta de ello un poco tarde.

Cuando la dama se fué con su acompañante, dirigiendo a Filemón una mirada que le hizo temblar de pies a cabeza, el empresario se apresuró a hacer que le separaran la butaca de al lado.

Cenó con una prisa ante la que Amelia mostró cierta extrañeza, y se fué corriendo al teatro para ocupar su butaca.

Amelia se vistió entonces con rapidez de transformista, se reunió con el actor en un café próximo y se dirigieron al teatro en un taxi.

Ni él ni ella vieron la representación. El actor, para hacer más real su papel, se fingía, de vez en cuando, escamado, y dirigía a Filemón miradas que se diferenciaban muy poco de los disparos de fusil.

En un entreacto, el actor se levantó para

fumar, y Amelia aprovechó esta ausencia para entregar un papelito a Filemón, en el que le decía poco más o menos:

*Soy muy desgraciada. ¿Será usted el hombre que puede hacerme feliz? Nos podemos ver el lunes, a las cinco, en la Glorieta de Bilbao.*

Don Juan Tenorio no era aquella noche nadie comparado con Filemón.

\* \* \*

Estaba cenando con Pilarín, y ésta había bebido más de la cuenta, cuando supo una noticia que le desagradó:

—Mañana te vas a quedar sin tiple. Se va al extranjero con don Luis.

—¿Quién te ha dicho esa atrocidad?

—Yo que lo oí anoche cuando pasaba

por delante del camerino de la Fontalbo en el momento en que preparaban la fuga.

Aquello era demasiado. Una cosa es divertirse y gozar de la vida y otra abandonar mujer e hijos por una amante.

Al día siguiente, le faltó el tiempo a Filemón para ir a dar la noticia a don Heliodoro.

—¡Imagínese usted el conflicto que se me echa encima! ¿Quién sustituye a la Fontalbo?

—¿Todo eso es lo que se te ocurre pensar?

—¿Qué quiere usted que piense?

—El verdadero conflicto es el de esa pobre mujer que va a quedar abandonada.

Todos don Heliodoro, doña Angeles, Amelia y Julio, se pusieron en movimiento cuando llegó la hora de comer y vieron que Luis no aparecía por casa.

Filemón sólo se cuidó de buscar un director de orquesta y una tiple que sustituyera a la Fontalbo. El director de orquesta lo encontró; pero tiple no dió con ninguna.

El conflicto era enorme. El teatro estaba completamente vendido, como todas las no-

ches, y no era cosa de decir que se suspendía la función por enfermedad de la Fontalbo. Si se suspendía, había que suspen-



*Una cosa es divertirse y gozar de la vida y otra abandonar mujer e hijos...*

derla indefinidamente, hasta que encontrarán otra tiple. Además, con unas cosas y otras, el tiempo se había echado encima y el público llenaba ya la sala.

Filemón se dirigió a casa de don Helio-

doro y al saber que estaba con la vecina del tercero, subió para pedirle que le ayudara a salir de aquel conflicto.

—Hay otras cosas más importantes en que pensar—dijo don Heliodoro.

—No, también eso es muy importante—replicó Teresa—. Es necesario que no trascienda el escándalo. Vamos al teatro. Yo cantaré la obra y mañana será otro día.

En tanto Teresa y sus amigos se dirigían al teatro, don Heliodoro se fué a la estación. Era la hora de salida de varios trenes y no tendría nada de particular que hubieran elegido aquel momento para la fuga.

No tuvo que buscar mucho. Allí estaba Luis; pero Luis solo.

Corrió hacia él.

—¡Pero, hombre, Luis! ¿Qué ibas a hacer?

Luis estaba tan confundido, que todo lo que acertó a hacer fué entregar una carta a don Heliodoro, que decía así:

*No puedo llevar a cabo esta locura que cuesta el sacrificio de un hogar. Es más*

*natural que sacrifique yo mi amor. Adiós. No volverás a verme.*

Debajo estaba la firma de la Fontalbo.

—¡Bendito sea Dios!—exclamó don Heliodoro loco de alegría.

Y cogió a Luis del brazo y lo condujo a través de las calles de Madrid.

El no decía nada, no oponía la menor protesta. Se dejaba conducir como hipnotizado.

Cuando se dió cuenta, se vió en la sala del teatro Euterpe.

En aquel momento estaban cantando la romanza, y aquella voz, nueva en el escenario, le sorprendió, hasta el punto de que se pasó las manos por los ojos, como si quisiera cerciorarse de que no estaba soñando. Hablaba la romanza del amor maternal, y esto, unido a que la voz era la de Teresa, la de la madre de sus hijos, le llenó de una emoción tan honda y tan dulce, que creyó renacer a la vida y al verdadero amor.

Paso a paso avanzó por el pasillo de butacas y llegó hasta la orquesta.

Le quitó al director la batuta de las ma-

nos, y entonces sí que fué magnífica la música y la canción de Teresa.

La Fontalbo podía tener mejor voz, pero ni en aquel teatro ni en ninguno se oyó nunca cantar con tanto sentimiento, con tanta verdad, con tanta emoción.

Luis no apartaba de ella la vista y ella no la apartaba de él.

Por los ojos de los dos corrieron las lágrimas cuando el público se desbordó en una ovación entusiasta.

\* \* \*

Poco después, en el camerino de la primera tiple se reunían todos.

Y Filemón quedó asombrado cuando vió a la dama de sus amores entrar como Pedro por su casa y abrazar a Teresa para después decir al actor:

—Mañana pase por casa y le pagaré lo que le debo.

—Pero, ¿eres tú o es usted?—preguntó Filemón, a punto de volverse loco.

—Cuando vayamos a casa ajustaremos cuentas.

\* \* \*

Las cuentas se ajustaron fácilmente. Filemón prometió no volver a sus andanzas y Amelia le perdonó.

Luis y Teresa habían hecho las paces antes de salir del teatro.

En cuanto a Julio y Carmen, que estaban en plena luna de miel, se prometieron no dar nunca lugar a aquellas escenas de reconciliación, por muy hermosas que fueran.

FIN

Ediciones Especiales de  
**La Novela Semanal Cinematográfica**

¡Lo mejor del cine!

Últimos éxitos:

**El pagano de Tahití**

**Estrellas dichosas**

**La senda del 98**

**Espejismos**

**Evangelina**

**Orquídeas salvajes**

**El caballero**

**Egoísmo**

**La máscara del diablo**

**El pan nuestro de cada día**

Acaba de aparecer:

¡Acontecimiento!

**Vieja hidalguía**

por Antonio Moreno, Mary Duncan  
y Warner Baxter

¡SIEMPRE LO MEJOR!

**Precio: 1 peseta**

# ¡OJO, LECTOR!

Acaba de salir el flamante compañero  
de la no menos atractiva **EVA**,  
o sea:

## La Novela Adán

Publicación semanal de asuntos  
optimistas

Sugestivas portadas - Buen humor

**Precio: 30 céntimos**

Número 1: **¡Yo quiero un novio!**

¡Si simpatizas con EVA, lector,  
no dejes desamparado a ADÁN!

**EXCLUSIVA DE VENTA PARA ESPAÑA**

Sociedad General Española de Librería,  
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barbará, 16; Madrid: Caños, 1

---

## ACONTECIMIENTO:

Esta semana aparecerá la digna compañera de **La Novela Semanal Cinematográfica**, titulada

# La Novela Cinematográfica del Hogar

Excelentes asuntos  
48 páginas de amena y sana literatura

**Novedad insuperable**

Postal-regalo de los mejores artistas,  
en bicolor

**Precio popular: 30 céntimos**

**¡Se admiten suscripciones**

---

¡Los éxitos del cine sonoro!




**Follies 1929**  
**Broadway Melody**  
**Letra y música**  
**El Mundo al revés**  
**Casados en Hollywood**

En preparación:

**Un plato a la americana**  
por Janet Gaynor y Charles Farrell

**Precio: 50 cts.**





Éxito sin precedente:

---

**La**  
**Novela para Todos**

Colaboración selecta. Interesantes  
asuntos inéditos.

Ilustraciones en el texto

Pida en cualquier quiosco o librería

**La Novela para Todos**

Precio: 30 céntimos

---

Formidable éxito de

**La Novela EVA**

Publicación semanal  
de novelas modernas

Precio: 30 cts.

